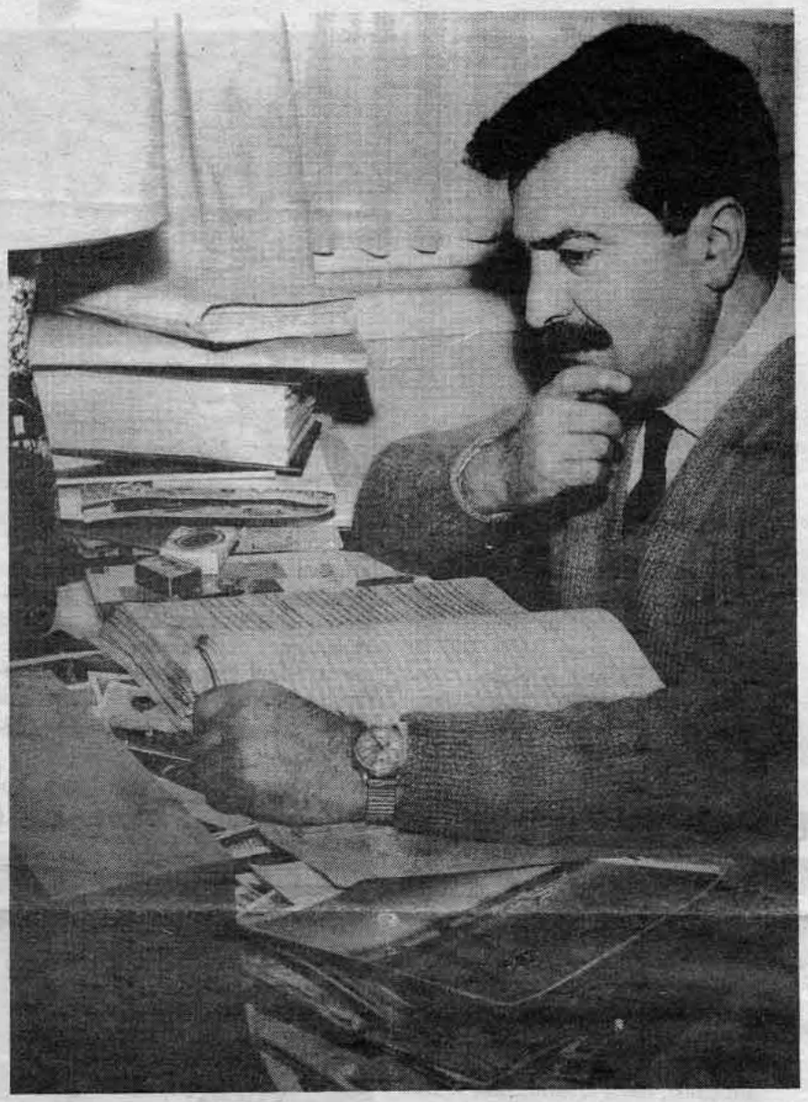

Uno de los escritores más multifacéticos de Chile, cuya ternura se desbordó en personajes de raigambre popular, puso fin a su vida en un dramático suicidio.

Alfonso Alcalde

O.V.

En "El Panorama ante nosotros", una obra poética monumental (y desconocida) de la literatura chilena, editada por Nascimento en 1969, el escritor Alfonso Alcalde abre el libro de 350 páginas citando un poema aymará:

La vida fenece pronto terminando en pocos años/ y el corazón del hombre habla como la caña frágil de la siringa./ Apretándolo se hace trizas, hablando hasta el día de morir/ siendo después vana basura arrojada al polvo.

Dramática premonición. Alfonso Alcalde, confinado en soledad y miseria, enfermo, cercado por el glaucoma, abandonado, se ahorcó el martes pasado en Tomé. Puso de esta forma punto final a una vida de sobreviviente increíble, a setenta años de naufragios, a una existencia atiborrada de esfuerzos y angustias, jamás en sosiego.

Tomé y una caleta próxima, Coliumo, fueron escenarios por donde discurrió en parte la existencia del escritor. Personajes principales de muchos de sus libros son aquellos pescadores humildes y soberbios. Pero más allá de Tomé, Alfonso Alcalde siempre estuvo vinculado y afianzado en la zona penquista, Concepción exactamente, una ciudad que amó nadie sabe por qué y cuya lluvia triste, de invierno, acunó sus últimos sueños.

Es que Alcalde, de entre los intelectuales chilenos, formó filas entre los rebeldes e ilusos. Unió su destino al de la inmensa mayoría de los creadores de América Latina que apuestan por un mañana mejor y que, además, luchan por hacerlo realidad. Es decir, eligió el camino lúcido de quienes tienen conciencia social. Y además, como era un hombre sensible, de talento mayor, se enfrentó a lo inevitable. Y sucumbió solo e inmenso en esa terrible soledad.

¿A cuánto asciende el legado físico de Alcalde, es decir en ese balance frío y final de cada escritor desaparecido, cuántos libros dejó? Muchos, quizás treinta o más. Cuentos y poemas magistrales, apuntes y relatos, notas periodísticas, de viaje, impresiones, todo. En su obra están Violeta Parra y Allende, Marilyn Monroe y los sobrevivientes de un avión desaparecido en los Andes, los circos miserables y las mujeres hermosas. Eso está ahí, no más hay que rescatarlo de las bibliotecas, de las librerías antiguas, de los saldos y retazos. No olvidemos que en este país el libro es una mercadería depreciada.

Pero aparte de esa literatura suya, firme, plena de imaginación, hay una obra de años y años completamente desaparecida. Alcalde fue toda la vida periodista y, como tal, nada del oficio le fue ajeno. Escribió libretos, guiones de cine, artículos, reportajes, entrevistas, notas, sueltos, crónicas, o sea, todo cuando pueda imaginarse. Fue además publicista, viajero, patiperro, de oficios disímiles, exiliado, editor, recopilador, todo.

Se agotan los intelectuales del mundo nuestro, en el subdesarrollo, haciendo todo para sobrevivir a duras penas. Se mella la creatividad, se roma la creación. Es el destino de la inteligencia en estos mundos aledaños y donde cada día tiene su amargo precio.

/Hoy pedí prestado/ el sol a mis vecinos./ "Una pobre hebra de luz"/ —les dije— / algo para andar/ sobre la tierra/ con una despavorida sombra/ a cuestas...

La prosa literaria de Alfonso Alcalde tiene resonancias mayores. Ante todo está pegada a los huesos y a la desesperanza. Ternura, eso hay allí y además mucha ironía, porque con ella al final de cuentas se puede soportar, hacer mucho más llevadero, el paso entre los mortales.

Sus personajes rezuman chilenidad y en eso alcanza cuotas magníficas. Pocos escritores, casi ninguno, llegaron a calar tan hondo en un país que él sí conocía y amaba.

Sus poemas sobresalen entre volcanes, es decir entre los grandes del país, Neruda, De Rohka, Huidobro y otros. Y sobresalir es ya demasiado.

Alfonso Alcalde, que había nacido en Punta Arenas, que vivió el esplendor y las miserias del amor compartido con hijos y amadas, que anduvo por la tierra (Israel, Rumania, España, etc.) con el asombro perpetuo, era, además un inagotable fabulador, un charlador magnífico, un ser humano sencillamente entrañable.

Formó filas en una generación de grandes y aún desconocidos escritores. Es más que posible que él o algunos de su tiempo sean re-descubiertos en un mañana que aguardamos, no tarde tanto.

Y sobre su despedida, en una palabra ritual y final para quién anduvo con nosotros durante cuarenta años ¿qué decir que no resulte vano? Ojalá, una vez más, con sus propias palabras, nos ayude el propio Alcalde:

AQUELLOS/ suicidas/ decapitados a borbotones/ aún anclados dentro de la muerte,/ aquellos que se devoraron/ frotándose como piedras/ para iniciar el priner fuego./ EL AMOR LOS BENDIGA.□